

XXIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

La libertad del discípulo de Jesús

A lo largo del camino hacia Jerusalén Jesús da instrucciones a sus discípulos mostrándoles los comportamientos, actitudes y valores propios del Reinado de Dios en la vida humana, los cuales fueron primero encarnados por Jesús. Posteriormente los cristianos los asumieron y desarrollaron generando un estilo de vida nuevo y un mundo de valores alternativo. La ruptura con las normas familiares como exigencia del seguimiento, la desvinculación de la propia familia y de los bienes desde la radicalidad en el seguimiento de Jesús, la inversión de los valores patente en las bienaventuranzas relativas a la pobreza, al hambre y al sufrimiento, la renuncia a la violencia y el amor a los enemigos, así como la vida marginal inherente a la misión constituyen los aspectos básicos de la conducta de Jesús y de sus seguidores. En el evangelio de este domingo (Lc 14,25-33) se encuentran las renunciaciones propias del discipulado. Es un texto que resulta desconcertante: "Quien no odia a su padre y a su madre no puede ser discípulo mío". El dicho, en esta forma simple, aplicados los criterios de historicidad, puede proceder directamente de los labios de Jesús, pero debe entenderse bien.

Esta sentencia no quiere generar ningún tipo de odio hacia los padres, sino que resalta la radicalidad extrema de la fidelidad a Jesús y al Reino de Dios de parte de los discípulos. Una radicalidad que se debe interpretar como expresión de la gran libertad que debe caracterizar la entrega de la vida del discípulo en el seguimiento del crucificado. Lucas recogió este dicho de Jesús (Lc 14,26-27), presente también en Mateo (cf. Mt 10,37-38), lo colocó en el marco de las exigencias a los discípulos (Lc 14,25-33) y amplió la lista de familiares a los que hay renunciar para ser discípulo, incluyendo entre ellos a la mujer, a los hijos, a los hermanos y a las hermanas, así como la necesidad de desprenderse de todos los bienes (Lc 14,33). La vida del discípulo comporta, pues, un cambio de valores desde las categorías evangélicas y conlleva la capacidad de renuncia y de sacrificio, cargando con la cruz, para luchar con total disponibilidad y libertad por la causa del Reino de Dios y su justicia.

Pablo, como auténtico discípulo, genera una nueva relación fraterna entre Onésimo y Filemón, superando cristianamente las relaciones sociales existentes en su época entre un amo y su esclavo (Flm 9-17). Lo que hay que construir en nuestro mundo no es ninguna torre espectacular, sino un hogar universal para toda la familia humana, derribando los muros de la esclavitud y del racismo, erradicando la xenofobia, la marginación y todo tipo de discriminación étnica y destruyendo las fronteras que excluyen a los pobres de la tierra de la mesa de los ricos. Lo que hay que descubrir es la fuerza poderosa del amor en el corazón humano, al cual le hacen la guerra los bajos instintos del egoísmo, la codicia y la envidia, que conducen al mundo por los derroteros de la insolidaridad, de la injusticia y de la corrupción. Para eso es necesario un movimiento de discípulos y discípulas verdaderamente libres y apasionadamente comprometidos con la causa de la fraternidad universal y con el Reino de Dios inaugurado con Jesús. Para comprender este mundo de valores es necesario abrirse a la fuerza del Espíritu, que es el único

capaz de formarnos en la sabiduría que puede comprender el designio de Dios (Sab 9,13-19). Oremos para poder conseguirlo.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura.